

# El aprendiz de brujo y Los Invisibles al rescate

JORDI SIERRA | FABRA

Ilustraciones de Francisco Ruizge





**El aprendiz de brujo  
y Los Invisibles  
al rescate**



Jordi Sierra i Fabra

**El aprendiz de brujo  
y Los Invisibles  
al rescate**

**edebé**

© Jordi Sierra i Fabra, 2019

© Ed. Cast: Edebé, 2019  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia  
*Diseño de la colección:* Book & Look  
*Ilustraciones:* Francisco Ruizge

Primera edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-683-4044-6  
Depósito legal: B. 27940-2018  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS – Rosario 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

## Primera parte: La desaparición del profesor Haggath

1. Silencio en la casa..... 9
2. En busca del profesor.....18
3. El Búho Azul.....28
4. La única solución .....39
5. ¡Los Invisibles atacan de nuevo! ..... 47

## Segunda parte: El muy honorable James Purfuit de Ballantine

6. Un plan brillante.....61
7. Un elegante y florido caballero ..... 72
8. Cita dominical.....82
9. En el laboratorio del profesor Haggath...91
10. Las averiguaciones de Patrick ..... 99

Tercera parte: Los secretos de la mansión  
Crow

- 11. Intrusos en la casa ..... 111
- 12. Las firmas misteriosas..... 126
- 13. La primera sorpresa ..... 134
- 14. La segunda sorpresa .....144
- 15. Cambios, cambios y más cambios.. 153

Cuarta parte: Una herencia disputada

- 16. ¡Todos prisioneros! ..... 165
- 17. Un poco de magia basta.....175
- 18. ¡Libres y a la carrera!..... 189
- 19. Caos en la notaría..... 198
- 20. De vuelta a la calma..... 208

Epílogo: Paz después de la tormenta

- 21. Y una advertencia final.....219

Primera parte:  
La desaparición  
del profesor Haggath





# 1

## Silencio en la casa

**E**n el mismo instante de cruzar el umbral de la puerta, Mortimer se dio cuenta de que el silencio era distinto al de siempre.

Tal vez fuese su instinto.

Tal vez, solo una sensación.

—¿Profesor?

No tuvo ninguna respuesta.

Dejó las cosas sobre la mesa y se dirigió al laboratorio secreto, oculto detrás de la falsa mampara protegida por el armario que se desplazaba sobre las ruedas de su base. Lo empujó, abrió la puerta y metió la cabeza por el hueco.

—¿Profesor?

La misma respuesta: el silencio.

Era muy extraño. Peter Hawthorn-Thorne Haggath no salía de casa solo. Jamás. Para eso le tenía a él. En las raras ocasiones que su silla de ruedas pisaba las tortuosas calles, siempre estaba Mortimer detrás, empujándola, cuidando de no pisar ningún hueco ni traquetearlo demasiado. Ni siquiera Lucius Plimton se ocupaba de ello, para que no los vieran juntos y los relacionaran.

Volvió a colocar el armario en su lugar y miró a Arquímedes.

—¿Tú sabes algo?

El gato le miró con fijeza, como solía hacer siempre, inalterable y muy quieto, sin mover ni un pelo de sus bigotes. Mortimer sabía que era perverso, que no le perdonaba su presencia en la casa desde hacía tres años, desde que el profesor había ido a buscarle al orfanato Monroe porque necesitaba un chico para todo, cocinero, criado, ayudante...

Ayudante del brujo más genial... y secreto de la historia.

—A veces creo que puedes hablar y no lo haces —le dijo al gato.

Arquímedes pareció sonreír.

—De acuerdo —Mortimer se encogió de hombros—. Pero te advierto que, si no vuelve pronto el profesor, tú no comes.

Regresó a la puerta de la casa y se asomó a la calle.

Nada por la derecha, nada por la izquierda. Los mismos caminantes de siempre, las mismas tiendas de siempre, el mismo ambiente de siempre.

Cruzó la calzada.

—Señora Mulhoney, ¿ha visto a mi amo?

La mujer, más ancha que alta, con su cara que parecía un globo hinchado, le respondió sorprendida:

—No, Morty. ¿Y no me digas que ha salido solo?

—Pues no sé, pero no está en casa.

—Estos ancianos despistados... —la señora Mulhoney se puso en plan maternal—. Mi padre también está perdiendo la cabeza

y a veces hemos de ir a buscarle a la taberna, o a la plaza, o a cualquier otra parte.

Ni por asomo se le ocurrió a Mortimer que el profesor se hubiera vuelto loco o tuviera ya senilidad, pero prefirió no decir nada. Para todo el barrio, no era más que un anciano tranquilo que vivía de rentas. Nadie sabía quién era en realidad.

Bien, aquello era todo un misterio, y no sabía cómo resolverlo, así que optó por esperar.

Arquímedes continuó mirándolo en silencio.

Mortimer guardó la compra, limpió lo que ya estaba limpio solo por hacer algo, y se resistió a meterse en el laboratorio para experimentar por su cuenta. Tenía prohibido hacerlo solo. En eso, Peter Hawthorn-Thorne Haggath era todavía implacable. Todo a su tiempo y sin prisas. Le estaba enseñando a manejarse por aquel lugar abarrotado con cientos, miles de botellas, botes, cajas, tarros, recipientes o pebeteros llenos de pol-



vos y líquidos de todos los colores. Le enseñaba a reconocerlos y, lo más importante, a saber cómo mezclarlos. Le permitía preparar pócimas sencillas y fáciles, sin riesgo, y le hablaba de las propiedades de los distintos componentes, que incluían plantas y raíces además de los polvos y las soluciones químicas. Mortimer aprendía rápido. Por eso, a veces, lamentaba que su maestro se lo tomara con tanta calma.

—Tienes doce años —le recordaba—. No quieras correr. La alquimia es demasiado poderosa para dominarla a tu edad. Y no digamos la magia, el poder de manipular la energía. Yo no fui capaz de hacerlo hasta los treinta o más.

A Mortimer tener treinta años le parecía... ¡Eso era más de media vida, porque le quedaban dieciocho para llegar a ser tan viejo!

No sabía si preparar la comida, porque se enfriaría como él tardase mucho, así que se sentó en una silla dispuesto a esperarle.

¿Y cómo se había ido el profesor dejan-

do la puerta de la calle abierta, sin echar la llave?

Eso sí era mucho más extraño.

—¿Quieres dejar de mirarme tan fijamente? —le gritó a Arquímedes.

Como el gato no se movió, le echó el cabo de una vela.

Ahora sí, se quedó solo.

Aunque sabía que un día Arquímedes acabaría vengándose.

Una hora después, Mortimer empezó a preocuparse de verdad.

Dos horas después, empezó a asustarse.

A las tres horas ya fue consciente de que algo extraño le había sucedido a su amo.

Salió a media tarde de la casa y la cerró con llave. No podía más. ¿Y si estaba atrapado en un lodazal rodeado de niños burlonos o, mucho peor, herido? ¿Y si lo habían llevado a un hospital? Estando consciente habría dado sus señas, pero si no lo estaba... Ya no importaba el motivo de su ausencia,



la causa por la que pudiera haber salido de casa solo. Importaba encontrarle.

Con lo bien que iban las cosas desde la detención del alcalde y enemigo del profesor.

Con lo mucho que había cambiado, dejando de ser tan huraño para convertirse en un verdadero maestro.

Incluso trabajaba menos, aunque se pasase horas en el laboratorio haciendo experimentos porque, como él mismo decía, «uno siempre ha de estar aprendiendo, hasta el final».

Mortimer jamás había sido tan feliz.

De pronto se daba cuenta de que, si el profesor Haggath moría, él, siendo menor, volvería al orfanato Monroe. No le dejarían quedarse solo, ni seguir en la casa. Además, se descubriría el laboratorio secreto.

—¡Oh, profesor!, ¿dónde está? —se desesperó.

Lo buscó en todas partes, incluso en la iglesia, por más que supiese que Peter

Hawthorn-Thorne Haggath nunca pisaba una. Rastreó calles, plazas, preguntando aquí y allá si habían visto a un hombre en una silla de ruedas. Las respuestas fueron las mismas en todos lados: «No, no, no».

Al anochecer, agotado, Mortimer regresó a la casa.

Su última esperanza, que su amo hubiese regresado, se desvaneció nada más abrir la puerta.

Arquímedes, muerto de hambre, se frotó contra sus piernas en una clara señal de tregua mientras ronroneaba plácido.

Mortimer le dio de comer. Lo hizo también él. Luego se sentó otra vez en una de las sillas, se apoyó en la mesa y bajó la cabeza sin apenas darse cuenta, vencido por el cansancio y con dos plomos pesándole en los párpados.

Ni siquiera se dio cuenta de que se quedaba dormido.